

GIL-ROBLES (senior)

A la edad de setenta y nueve años el infatigable tribuno acude ante las mismas urnas donde los padres y abuelos de los electores de hoy le otorgaron, en 1931, un escaño por Salamanca, su provincia natal. Comparecía entonces como agrario y representa ahora a la Democracia Cristiana del oeste, lo que, con diferentes nombres, viene a ser lo mismo. Porque José María Gil-Robles y Quiñones es un ejemplo cierto de continuidad y coherencia política a lo largo de cincuenta y cuatro años de activismo desde que, recién ganada la cátedra de Derecho Político de la Universidad de La Laguna, ingresara en 1923 en el partido Social Popular de Ossorio y Gallardo. La derecha es su terreno.

Orador excepcional capaz de sugerir a las multitudes, parlamentario de respuesta rápida y acerada, escritor de pluma fácil, editorialista sutil, fue el hombre más odiado por las izquierdas españolas durante la segunda República. El «cabeza de pera», como le llamaban, descargó sobre socialistas y republicanos una agresividad inmensamente de la que no escapaban ni los más moderados. Fue enemigo personal, y correspondido, de Alcalá Zamora. Envalentonó y reorganizó la burguesía rural y urbana. Vitalizó el Ejército, muy disminuido desde la ley de retiros. Las juventudes derechistas de entonces reclamaban «todo el poder para el Jefe» con un entusiasmo que hacía palidecer de envidia a los líderes fascistas.

Sin embargo, aunque no vacilara en asistir como observador en 1933 al congreso nazi de Nüremberg, Gil-Robles no era un fascista, sino un católico autoritario a la moda de la época. No llegó a impugnar esencialmente la República, pese a que no le produjera especiales simpatías. Nunca atacó las instituciones parlamentarias, aunque había colaborado en la redacción de algunos estatutos de la dictadura prorriverista. Defendió el sufragio universal y acató el veredicto de las urnas, que, por cierto, nunca le fue adverso.

Redactor primer o subdirector después de «El Debate», gozó de la pre-

dilección de su director, Ángel Herrera, quien sería con el tiempo importante prelado de la Iglesia española. En 1930 pertenecía al movimiento de reacción ciudadana. En 1931 se incorporó a Acción Nacional, cuyo comité ejecutivo pasó a presidir simultáneamente al cambio de nombre por Acción Popular. Como cabeza en 1933 de la alianza de derecha CEDA, consiguió la mayor minoría del Congreso: 115 diputados. Apoyando entonces al Gobierno Lerroux —al que se incorporó en 1935 como ministro de la Guerra— dirigió la destrucción implacable de toda la obra política del «bienio Azaña». Tras la derrota de febrero de 1936, perdió no sólo la fuerza parlamentaria, sino incluso el respaldo de las derechas, que buscaron un nuevo líder en Calvo Sotelo.

Aunque intentó colaborar en la preparación del movimiento militar de 1936, diversas circunstancias, entre las que, sin duda, cuentan su afición al parlamentarismo y su respeto por el sufragio, hicieron imposible que colaborase en la política oficial de la posguerra. Se acercó entonces a Estoril y propició, en 1948 y en 1962, los acercamientos entre monárquicos y socialistas, negociando a tal fin con Prieto y Llopi. Líder de una rama de la democracia cristiana, dimitió en fecha reciente para facilitar la unión de este sector político, que, sin embargo, no ha llegado a concretarse, pues, mientras la FDC comparece a las próximas elecciones con listas propias, el PDC lo hace dentro de la coalición Unión del Centro.

Parece lógico que el viejo luchador José María Gil-Robles y Quiñones constiga, con votación brillante, el escaño por Salamanca. En las Cortes constituyentes, este abogado astuto e inteligente, que nunca fue un hombre cómodo, lo será aún menos cuando, por su avanzada edad, no siente otros compromisos que los establecidos con su conciencia. Suscitará de nuevo fuertes enemistades, pero contribuirá seguramente a elevar el tono de muchos debates.

Ricardo BLOM